



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La única educación verdadera

Exposición del Mensajero del Eterno

NOS alegramos de haber sido llamados a salir de las tinieblas y dejarnos educar de manera a realizar una línea de conducta que nos procure la bendición y que nos permita divulgarla a nuestro alrededor. Los seres humanos están en una completa confusión, lo que hace que a menudo confunden una cosa con otra, el bien con el mal, y el mal con el bien. Por eso tienen tantas decepciones y tribulaciones, sobre todo actualmente, en que las dificultades se acentúan cada vez más.

Cosecharemos siempre lo que hayamos sembrado. Por eso, no hemos de pensar, hablar, ni obrar a la ligera, porque todo tiene su repercusión. Los israelitas le pidieron a Pilatos la vida de nuestro querido Salvador, diciendo: "Crucifícale, y que su Sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos." Pero más tarde ¡qué represalias tuvieron que soportar, especialmente en nuestra época, por el hecho de haber rehusado al Protector que les había sido enviado por el mismo Eterno!

Cuando vivimos el misterio de la piedad, podemos orientarnos, vemos claro en nosotros mismos y no nos engañamos con falsos razonamientos. Lo que se nos propone, es la transformación de nuestro carácter.

Se necesita mucha buena voluntad y mucha perseverancia de parte de un miserable, de un ser caído incapaz de hacer el bien, para transformarse en un hombre conveniente, un ser digno, noble, virtuoso, que honre al Eterno con su línea de conducta.

Sólo podemos lograr el carácter divino en toda su plenitud y su transparencia si vivimos fiel y seriamente el programa divino. Cuando nos ponemos a obrar con todo nuestro corazón, y procuramos realizarlo honradamente, en seguida nos encontramos en conflicto con los que nos rodean, porque los caminos divinos parecen extraños e insensatos a los seres humanos en general.

Nuestros amigos, nuestros padres, nuestros conocidos, y las gentes religiosas nos dicen que es imposible vivir actualmente como vivían los apóstoles. Dicen que es irrealizable en los tiempos actuales.

Dicen que estas cosas eran factibles en el tiempo de los apóstoles, tratan de explicarnos que en los tiempos modernos en que vivimos es un absurdo intentar realizar las virtudes de aquel que nos ha llamado de las tinieblas a su luz. Ellos ponen por delante los tiempos modernos, como si el organismo de los seres humanos se hubiera modernizado.

El organismo humano ha permanecido el mismo, no ha cambiado, porque la ley que lo rige es inmutable, y no puede adaptarse a otra

ley sino a la ley que lo rige. Los seres humanos han probado toda clase de cosas. Han querido cruzar las razas de ciertos animales. Por ejemplo, al cruzar el caballo con el asno han obtenido el mulo, pero el mulo no se reproduce. Es lo mismo con las plantas: pueden obtener ciertos cruces, pero los especímenes así realizados no se reproducen más.

Conviene respetar la ley del cuerpo, si no la respetamos hemos de sufrir. Por tanto, si no queremos sufrir, debemos someternos a la ley divina. La ley divina es la ley del amor; esta ley nos invita a amar a nuestro prójimo, y para lograrlo hemos de dejar nuestro egoísmo.

A los seres humanos les cuesta mucho desembarazarse de este sentimiento diabólico del egoísmo. A menudo, es sólo cuando padecen fuertes dolores, por haber cometido múltiples ilegalidades, que se moderan por la fuerza. Pero a veces es ya demasiado tarde. Por eso, cuán agradecidos hemos de ser de conocer la verdad y de estar al corriente de lo que nos hace vivir y de lo que nos hace morir.

Con el conocimiento de la ley universal hemos obtenido la plena seguridad de ser perfectamente posible vivir las juiciosas enseñanzas de nuestro querido Salvador. Lo bien fundado de sus enseñanzas se manifiesta viviendo la disciplina divina.

Cuanto más procuremos seguir honradamente este camino, más pronto llegaremos a un punto en que el programa se nos hará fácil. En suma, es solamente nuestro carácter el que se opondrá, pues nuestro organismo es apto para vivir la ley íntegramente.

Ahora bien, nuestro carácter podemos cambiarlo adoptando totalmente el altruismo. Pensar que actualmente no sea posible vivir lo que vivieron los apóstoles en el pasado, es un grosero error. Es el adversario que lo inculca a los seres humanos para impedirles dar el paso en esta senda luminosa donde encontramos el gozo, la paz del corazón, la salud y la vida duradera.

Los caminos divinos están llenos de bondad y de misericordia: se expresan especialmente en la redención y en la reconciliación. Para poder vivir juntos entre hermanos y hermanas, es preciso estar bien decididos a vivir el programa del Señor. Si no, no podemos entendernos. En cambio, si deseamos hacer valer los principios de la verdad a cualquier precio, entonces todo anda admirablemente bien.

Cuando somos alimentados por el espíritu de Dios, que nos muestra que es necesario amar a nuestro prójimo, sostenerlo y ayudarlo, el resultado es tan beneficioso que cada día es un día de alegría y de felicidad. Todo resulta para nosotros instrucción y bendición.

Si alguno no es amable con nosotros, consideramos la prueba como una magnífica ocasión para reformarnos, a fin de adquirir una limpidez de carácter que nos permita ponernos maravillosamente de acuerdo a pesar de todas las dificultades. El que está decidido a servir y a renunciar, puede realizar en sí mismo y a su alrededor una grandiosa obra de bendición.

El que renuncia realiza magníficos progresos. Se confía en el Eterno y dice: "Como tu quieras, donde tú quieras y cuando tu quieras, Señor, renuncio a mí mismo y me encomiendo a tu gracia". De esta manera su corazón puede permanecer tranquilo en todas las circunstancias. El adversario no consigue aumentar las pruebas a sus ojos, haciéndoselas ver a través de un cristal de aumento. Cuando la lección es pasada, notamos un maravilloso alivio y una gran bendición.

Es lo mismo con todas las lecciones que nos son dadas en la escuela de Cristo. Para esto es preciso ser dócil y querer recibir las rectificaciones con buena voluntad, estando deseosos de aprender por su medio lo que el Señor quiere enseñarnos.

Muchos amigos me escriben que están deseosos de entrar en una estación: pero no basta entrar, sino que hace falta permanecer en ella. Esto requiere estar firmemente deseosos de renunciar uno a sí mismo, y poseer cierto caudal de experiencias que nos hagan capaces de comprender y de realizar un mínimo del programa divino.

Por eso, no podemos tomar en nuestras estaciones a amigos que no han hecho experiencias. Antes de entrar en una estación, es menester también haber hecho un período de evangelización, a fin de tener la ocasión de vivir un poco el programa prácticamente.

En efecto, cuando propagamos el evangelio de paz en el seno de los seres humanos, contactamos a personas bien dispuestas; pero también encontramos a otras que están del todo refractarias al mensaje, y que nos tratan con desprecio y maldad.

Si somos orgullosos, esto es una cosa muy buena para corregirnos de este mal rasgo de carácter. Entonces podemos ejercitarnos en orar por los que nos persiguen y en bendecir a los que nos maldicen. Si podemos realizar la actitud de un hijo de Dios verdadero, todo transcurre admirablemente. En cambio, si nos ponemos nerviosos, si nos sentimos picados, puede formarse un horno de fuego ardiendo.

El apóstol Pablo fue metido en la cárcel porque le habían acusado de toda clase de cosas. El pasó por múltiples experiencias en este dominio. Es por lo que, con conocimiento

de causa, le escribió a Timoteo diciendo: que todos los que querían vivir piadosamente en Jesucristo serían perseguidos.

Los caminos divinos son los únicos que son duraderos e inmovibles, y perduran en la eternidad. Tendrán la victoria sobre todos los demás caminos que han seguido los seres humanos, y que van a llevarlos a una completa confusión y a una espantosa tribulación.

En todas circunstancias el Señor es siempre dueño de la situación. Sabemos la gloriosa manifestación que tuvo lugar cuando la muerte de Lázaro. Las dos hermanas, Marta y María, tenían el inmenso privilegio de recibir al Señor. Pues descansaba en su casa cuando él se detenía en Betania.

Habiendo Lázaro caído enfermo, las dos hermanas enviaron prontamente a alguien para decirle al Señor de parte suya: "El que amas está enfermo." Pero el Señor no fue, y Lázaro murió. Algunos días después, al pasar Jesús por Betania, se llegó a casa de Marta y de María. Las primeras palabras de Marta, cuando vio al Señor, fueron: "Si tú hubieses estado aquí, Lázaro no habría muerto."

Esta sencilla frase contenía la expresión de todo un mundo de pensamientos que llenaban el corazón de Marta. Ella no se atrevía a hacerle un reproche directo, pero a pesar de todo, sus palabras denotaban el sentimiento que estaba en ella. El Señor comprendió muy bien todo lo que ocurría en el corazón de Marta, y le respondió con gran benevolencia: "Si crees, verás la gloria de Dios."

En efecto, cuantos pensamientos pueden venir en el corazón de aquel que está apegado a un ser querido y que este último no responde según su deseo. He visto a personas profundamente afligidas porque alguien, que afirmaban amar con todo su corazón, les había causado un disgusto.

Estas personas decepcionadas decían: "No hubiera tenido que causarme este disgusto, le amo tanto: esto me causa un terrible dolor." Entonces lo remueven en su corazón y, de un pequeño malentendido llegan a hacer una montaña, hasta volverse a sí mismas profundamente infelices. En cambio, el asunto se habría podido resolver muy fácilmente con el benéfico perdón realizado a favor del amigo que había cometido la falta.

De esta manera, todo es de nuevo equilibrado por el perdón generosamente concedido. Esto hace un inmenso bien al culpable, pero también un bien no menos grande al que ejerce el perdón. Naturalmente, esto requiere amar teniendo un amor verdadero y completamente desinteresado, si no, no es posible.

Se trata, pues, de conformarnos a los caminos divinos, que son amor, perdón y benevolencia. El universo no podría subsistir si todo en los caminos divinos no fuera bondad y misericordia, y si cada cosa no existiera para el bien. ¿Cómo podría la tierra subsistir si el sol no viniera continuamente a calentarla? Si así fuera todo lo que existe en ella perecería.

Afortunadamente las dulces caricias del sol vienen a vivificar los seres y las cosas; así se establece el maravilloso circuito que sostiene la vida. En el universo todo existe para el bien. Pero hay ahora perturbaciones y desórdenes, los cuales provienen del hecho de que los seres humanos han violado la ley y asolado la tierra. La han deteriorado y le han quitado gran parte de la vegetación que la resguardaba y que a ellos mismos también protegía.

Ahora queremos hacernos la pregunta hecha

por Isaías: "¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor, quien de nosotros habitará con las llamas eternas?" El profeta responde, diciendo que será el que, cierre sus ojos para no ver el mal, que no acepte un mal testimonio contra su prójimo, que tape sus oídos para no oír propuestas sanguinarias; así podrá permanecer en el monte de Sion. A los demás les consumirán las llamas de la tribulación que son las equivalencias del mal cometido al infringir la ley divina.

Ya sea sólo un hombre que viole la ley o bien la colectividad, el resultado es siempre el mismo: es el desastre. El que viola la ley se prepara un látigo para azotarse de mala manera. Para cada individuo o para la colectividad, es siempre lo mismo.

El pueblo judío rechazó al Salvador, y por eso cosechó la tribulación y como pueblo fue destruido enteramente. Fue expulsado de su tierra y llevado en cautiverio. Si nosotros somos infieles, es también un resultado negativo que obtendremos.

No podemos disimular, ocultarnos y decir: "No soy yo, no tengo la culpa de que las cosas no salgan bien, yo hice todo lo necesario". Si seguimos verdaderamente el programa, no puede ir de otro modo que bien. Si el organismo es aquejado, es que lo hemos violentado y sometido a cosas que le son perjudiciales.

Por otra parte, si vivimos el misterio de la piedad, podemos vencer todas las dificultades y el Señor puede concedernos todo su socorro, darnos su bendición y protegernos. También le agradecería proteger a todos los seres humanos, porque es amable y benévolo.

Dios hace salir su sol sobre buenos y malos, sin hacer diferencias. Él es demasiado noble para guardar rencor a los seres humanos de su maldad. Mas para que podamos participar de la protección divina, conviene que realicemos una línea de conducta que permita a la bendición alcanzarnos.

¡Cuánto nos alegramos de poder ver el cielo azul más allá de las dificultades que se amontonan para los seres humanos! ¡Qué felicidad conocer el tiempo cantado por los profetas, en que el Eterno va a dar la bendición a la humanidad por medio de su Hijo, la cual se manifestará en la tierra con poder y gloria!

Nos alegramos de trabajar para edificar el Reino de Dios en la tierra y poner en ello todo nuestro corazón. Ahora se trata de que el tabernáculo de Dios funcione entre los hombres. Para esto es preciso que cumplamos con nuestro deber. Los que han tomado el símbolo del bautismo deben saber lo que tienen que hacer.

Cuando un hijo de Dios da un buen testimonio, esto trae magníficos frutos. Naturalmente, encuentra también tribulaciones, porque hay que pagar para poder liberar a los seres humanos. El Señor también tuvo que pagar por ellos. El los sanó, los consoló, les procuró la paz y toda clase de favores. Pero después tuvo que pagar con su vida para liberarlos.

Era necesario que pasara por el suplicio de la cruz para salvar a los humanos. He aquí el programa que está presentado también al pequeño rebaño; éste paga con su Maestro por el rescate de los seres humanos. Naturalmente, el pequeño rebaño recibe así una compensación grandiosa. En vez de la naturaleza mortal que él pierde voluntariamente al sacrificarla a favor de los humanos, recibe la inmortalidad de la naturaleza divina.

Es una alegría inefable, un grandioso honor y una inmensa ventaja colaborar en una obra

tan gloriosa y sublime como la que va a manifestarse actualmente en la tierra. Respecto a mí, me alegro y estimo altamente atreverme a trabajar en la maravillosa obra de nuestro querido Salvador.

Estoy del todo persuadido de su buen éxito, porque he pasado durante mi vida por muchas experiencias que me han probado lo bien fundado de los caminos divinos. Estoy completamente convencido de que las promesas del Eterno son seguras y de que se cumplen con perfecta exactitud.

Desde hace tiempo las palabras amables del profeta Isaías han sido para mí un inmenso consuelo. En efecto, Isaías dijo él mismo que se regocijaba de antemano del día en que los humanos dirían: "Subamos al monte de Dios, a la casa del Dios de Jacob, para que nos enseñe sus caminos y que andemos en sus sendas, porque de Sion saldrá la ley y de Jerusalén la palabra del Eterno".

Cuando leí este pasaje por primera vez, me entusiasmé. En efecto, la ley ha salido de Sion. La ley universal es anunciada a los seres humanos. Ella es la curación de todos los corazones y la demostración resplandeciente de que el programa divino es realizable en grande y en detalle.

He guardado en mi corazón los pensamientos del profeta Isaías que vio de antemano el bendito tiempo en que el león y el cordero andarían juntos, la vaca y la osa tendrían un mismo pasto y que un niño los pastorearía. Esta es de veras la imagen de la paz, y me regocijo de que el Día de Dios se acerque.

El profeta Isaías tuvo también otras magníficas visiones. Por ejemplo, cuando dijo que los seres humanos: "No tendrán más hijos para verlos morir, porque según los días de los árboles serán los días de mis escogidos".

Esto quiere decir que sus días serán tan numerosos que no podrán contarlos más de tantos que serán. En otra parte explica también que en Jerusalén los seres humanos serán consolados, llevados en brazos, acariciados sobre las rodillas y alimentados con la leche de sus consolaciones.

Los que tienen el inestimable privilegio de abnegarse para contribuir a esta obra inefable, cosecharán durante la eternidad un feliz resultado. No trabajamos para la vergüenza, sino para el ideal del Reino, para la gloria, la honra, y para santificar el santo Nombre del Eterno y de su Hijo adorable.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos sembrado sólo el bien, renunciado fácilmente, sido una fuente de alegría?
2. ¿Hemos progresado en la humildad, tenido buenos pensamientos, palabras y acciones, hecho valer la verdad?
3. ¿Hemos podido vencer un poco de nuestro egoísmo, sentido la alegría del Reino, aceptado bien la prueba?
4. ¿Nos hemos olvidado a fin de amar y estimular al prójimo a la manera divina, y hemos podido sentir todo su gozo?
5. ¿Cómo hemos realizado las lecciones de fe, de amor, de bondad, de amistad fraternal y las ocasiones de tener misericordia?
6. ¿Hemos vencido el mal con el bien, confiado en la prueba, traído el ambiente divino?